

SECRETOS DEL MÁS ALLÁ

LA BONDAD INFINITA DE DIOS

Al acercarnos al misterio de la Misericordia de Dios, entramos en una de las realidades más profundas y reconfortantes de la fe cristiana.

El texto nos introduce en este mismo misterio:
la bondad infinita de Dios que se inclina hacia la humanidad,
especialmente hacia los frágiles,
pecadores y heridos.

La primera palabra que surge es de esperanza: Dios desea que el mundo conozca su Misericordia.

No es un Dios distante, ni un juez frío y severo que espera el error del hombre antes de condenarlo. Al contrario, el Corazón de Dios está lleno de amor y compasión por toda criatura.

El mensaje nos invita a rezar una novena por la conversión de los pecadores y por el conocimiento de la Divina Misericordia durante la Fiesta de la Divina Misericordia, que se celebra el primer domingo después de Pascua.

Esta es la oración por el perdón de todos los pecados, y si se reza en la Fiesta de la Divina Misericordia, su poder se intensifica.

CABELLO DE LA DIVINA MISERICORDIA

SEÑAL DE LA CRUZ

Oh Jesús, acabas de morir, y una fuente de vida ha brotado para nuestras almas.

Oh Fuente de vida incomprensible, misericordia divina, envuelve al mundo entero y derrama tu gracia sobre nosotros.

Oh Sangre y Agua, que brotaste del Corazón de Jesús,
Fuente de misericordias
para nosotros, en Ti confío.

- PADRE NUESTRO
- AVE MARÍA
- CREO

1) En las cuentas del Padre Nuestro, recita la oración:

PADRE ETERNO, TE OFREZCO EL CUERPO, LA SANGRE, EL ALMA
Y LA DIVINIDAD DE TU AMADÍSIMO HIJO, NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

EN EXPIACIÓN DE NUESTROS PECADOS Y LOS DEL MUNDO ENTERO.

2) En las cuentas del Ave María, recita (10 por lugar):

POR SU DOLOROSA PASIÓN

TEN MISERICORDIA DE NOSOTROS Y DEL MUNDO ENTERO.

3) Finalmente, tras recitar todas las oraciones, repite la invocación tres veces:

SANTO DIOS, SANTO FUERTE, SANTO INMORTAL,

TEN MISERICORDIA DE NOSOTROS Y DEL MUNDO ENTERO.

Esto nos recuerda que la oración nunca es un gesto inútil.

Cada oración se convierte en una puerta abierta por la que la gracia de Dios puede entrar en la vida de las personas.

Cuando oramos por los pecadores,
no juzgamos a los demás,
sino que participamos del amor de Dios,
quien desea salvar a todos.

Otro elemento muy poderoso del texto es la confianza.

Jesús dice claramente que desea la confianza de sus criaturas.

La confianza es una de las claves fundamentales de la vida espiritual.

Muchas personas creen en Dios, pero les cuesta confiar verdaderamente en Él.

Temen no ser dignas, piensan que sus pecados son demasiado grandes, creen que Dios puede rechazarlas.

Pero el mensaje es clarísimo:

Ningún pecado es mayor que la Misericordia de Dios.

Aunque una persona tuviera más pecados que granos de arena en la Tierra, todo puede sumergirse en el océano de la Divina Misericordia.

Esta imagen es increíblemente poderosa.

Imagina un grano de arena arrojado al océano.

Desaparece al instante,
absorbido por la inmensidad del agua.

Lo mismo sucede con los pecados cuando el hombre se encomienda a la Misericordia de Dios.

Esto no significa que el pecado no sea una realidad grave.
El pecado hiere al hombre y rompe la comunión con Dios.

Pero la Misericordia siempre es mayor.
Esta es la buena noticia del Evangelio:
Dios nunca se cansa de perdonar.

A menudo, somos nosotros quienes nos cansamos de pedir perdón.

Otro pasaje impactante del texto se refiere al momento de la muerte de Jesús.

Se describe un dolor profundo, casi insoportable.

El corazón humano se quiebra ante la Cruz.

La Cruz no es simplemente un símbolo religioso:
es un signo concreto del amor de Dios.

Cuando Jesús muere en la Cruz,
carga sobre sí el peso del pecado del mundo.

Su sacrificio no es un gesto de derrota,
sino el acto supremo de Amor.

En la Cruz vemos cuánto ama Dios a la humanidad.

El dolor expresado en el texto es también el dolor de quienes aman verdaderamente a Cristo.

Cuando comprendemos verdaderamente lo que Jesús hizo por nosotros, surge una profunda emoción en nuestros corazones.

No es un sentimiento superficial, sino
una conciencia:
alguien dio su vida por nosotros.

El texto dice: «Aquel a quien mi corazón ama, muere».

Esta frase encierra una profunda verdad espiritual.

La fe no es solo un conjunto de ideas o doctrinas.

La fe es una relación de amor con una persona viva: Jesús.

Cuando amamos a alguien, su dolor también se convierte en nuestro dolor.

El riesgo. Y la Cruz de Cristo se convierte entonces en un misterio que toca profundamente nuestros corazones.

Pero la Cruz no es la última palabra.

La muerte de Jesús abre el camino a la resurrección.

La salvación nace del sacrificio.

La esperanza nace del dolor.

Este es el corazón del cristianismo:
el amor es más fuerte que la muerte.

El mensaje de la Divina Misericordia es particularmente importante en el mundo actual.

Vivimos en una sociedad donde muchas personas se sienten perdidas,
solas,
heridas.

Muchas llevan en sus corazones sentimientos de culpa,
fracasos,
heridas del pasado.

Es pensar que ya no hay esperanza.

Pero la misericordia de Dios dice exactamente lo contrario:
siempre hay una manera de empezar de nuevo.

Dios no se fija primero en nuestros errores.

Él mira nuestros corazones.

Y cuando encuentra incluso una pequeña oportunidad,
una pequeña chispa de deseo de hacer el bien,
interviene con su gracia.

Por eso Jesús invita a las almas a tener una gran confianza.

No una confianza pequeña y
tímida,

incierto.

Pero una gran,
total,
confianza filial.

La relación con Dios debe asemejarse a la de un hijo con su padre.

El niño se cae,
se equivoca,
se ensucia.

Pero sabe que siempre puede volver a los brazos de su padre.

Esta es la Misericordia de Dios.

No importa cuántas veces se caiga una persona.

Lo que importa es levantarse y volver a Dios.

Otro aspecto importante es la misión de dar a conocer la Divina Misericordia.

No es un mensaje que deba permanecer guardado en el corazón de unos pocos.

Es un mensaje para toda la humanidad.

Todo cristiano está llamado a ser testigo de la misericordia.

Pero, ¿cómo podemos hacerlo concretamente?

En primer lugar, viviendo la misericordia en nuestras relaciones diarias.

Ser misericordioso significa:

saber perdonar,

saber comprender,

saber acoger.

Significa no juzgar con dureza,

sino mirar a los demás con los ojos de Dios.

Cuando una persona experimenta la misericordia en su propia vida, se vuelve capaz de transmitirla a los demás.

El mundo necesita misericordia.

Las familias necesitan misericordia.

Las comunidades necesitan misericordia.

Sin misericordia, el corazón humano se endurece y se cierra.

Con la misericordia, en cambio, nace la paz.

Finalmente, este texto también nos invita a contemplar la infinita bondad de Dios.

A menudo hablamos del poder de Dios,
de su grandeza,
de su gloria.

Pero aquí, sobre todo, emerge su bondad.

Dios es bueno.

Es una verdad sencilla, pero inmensamente profunda.

La bondad de Dios se manifiesta en la creación,
en la vida,
en el perdón,
en la paciencia con la que acompaña a cada persona.

Dios nunca se cansa del hombre, incluso cuando este se aleja de Él.

Como un padre que espera el regreso de su hijo, Dios siempre permanece con los brazos abiertos.

Por eso, el mensaje de la Misericordia es un mensaje de luz.

Nos habla no solo del pecado humano, sino, sobre todo, del amor de Dios.

Y, en definitiva, todo se reduce a esto:
confiar en Dios.

Quienes se encomiendan a la Divina Misericordia no se defraudan.

Incluso en las dificultades,

incluso en las pruebas,
incluso en los momentos de oscuridad,
la bondad de Dios sigue obrando.

La Misericordia no es una teoría.
Es un encuentro.

Es el abrazo de Dios que acoge a todo ser humano.

Y es este abrazo el que puede transformar la vida del mundo.